



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TRABAJO FINAL DE GRADO

Entre lo propio y lo ajeno:

Apuntes sobre un concepto de creatividad.

Estudiante: María Cecilia Lucas Pinto

C.I: 4.296.380-8

Tutora: Lic. Sylvia Montañez Fierro

Montevideo, 30 de Julio de 2016

Contenido

Resumen.....	2
Juego de huellas.....	3
Breve aproximación a un concepto de Juego:.....	3
Introducción al concepto de huella:.....	4
Juegos de memoria y memorias en juego.....	7
Entonces, todo comenzó...jugando.....	9
Sobre comienzos y desenlaces: objeto transicional y fenómenos transicionales.....	10
De juegos y encuentros.....	13
Entre Dionisio y Apolo... Creatividad.....	17
Puntos de partida.....	17
Apuntes sobre Terceridad.....	18
Sobre el psiquismo creador.....	19
Vivir creativamente.....	21
Una vuelta a la tribu.....	24
Límites, fronteras y recortes.....	24
Sobre una huella de grupo.....	26
Lo negativo del grupo.....	27
Grupo e identidad.....	29
Grupo potenciador.....	31
Reflexiones finales.....	34
Bibliografía consultada.....	37

Resumen

La presente monografía tiene por propósito indagar acerca del concepto de creatividad planteado por Winnicott. Abordado como un fenómeno que se construye en el encuentro, primero bajo la forma de juego, se plantea la importancia de un ambiente facilitador en las primeras etapas del desarrollo afectivo. La figura cuidadora constituye la primera huella de otredad, habilitando un lugar fundamental en el desarrollo ulterior; lugar que será habitado por una multiplicidad de figuras. Esta primera huella promueve, o no, la zona intermedia de experiencia propuesta por Winnicott. Esta zona que en un comienzo es habitada por el objeto transicional del niño, significa para el ser humano adulto una zona libre de tensión. En esta zona se ubica con el tiempo el interés cultural, la religión y el arte, y es el lugar que el individuo podrá compartir con otros. El lugar del otro toma un protagonismo evidente, desde la figura materna en el bebé, hasta el grupo en la vida adulta.

Palabras clave: juego - huella - zona intermedia - creatividad

1.

Juego de huellas

“El movimiento que en estas expresiones recibe el nombre de juego, no tiene un objetivo en el que desemboque, sino que se renueva en constante repetición.”

(Gadamer, 1993:71)

Breve aproximación a un concepto de Juego:

Resulta pertinente comenzar con las consideraciones que Gadamer (1993) despliega en torno al concepto de juego. Este filósofo alemán apela a las aplicaciones metafóricas del término “juego” y, atendiendo a su uso lingüístico arriba a la idea que subyace en estas. El autor parte de expresiones tales como “juego de luces”, “juego de las olas” o “juego de palabras”, y explica que en estos ejemplos hay una referencia a un movimiento de vaivén que no se encuentra fijado a un objeto final. Según esta línea de pensamiento, el juego no tiene un desarrollo predeterminado, no se dirige a un estado final. El juego es el movimiento constante sin un objetivo al cual desembocar. Pareciera que su “propósito” se constituye en el movimiento en sí mismo.

La *renovación en constante repetición* que menciona Gadamer (1993), alude incluso a un juego de palabras, con el cual el autor ilustra la actualización como propiedad de este movimiento de vaivén. Renovación y repetición como opuestos, lejos de anularse mutuamente, aportan al juego una perspectiva atemporal. En esta perspectiva no resulta posible considerar estados finales, ya que estos se modificarían constantemente; se actualizan. Por otro lado, esta repetición puede sugerir la idea de olvido, mas en el caso de juego como de huella, concepto a desarrollar posteriormente, es más acertada la referencia a una no conciencia, o desconocimiento. “El jugador sabe muy bien lo que es el juego, y que lo que hace no es más que juego; lo que no sabe es que lo sabe” (Gadamer, 1993:71).

Siguiendo esta línea, diremos que el juego en vaivén no se sabe en qué forma devendrá. En este punto puede resultar útil invocar una imagen; digamos que en la arena se presenta una marca, ¿Será de un pié que pasó? ¿Será la marca de un objeto?

Es la marca que dejó el tránsito de algo, sin embargo esta versión seguramente no sea igual a la versión original. El movimiento del agua, del viento, de la tierra ha producido en esta marca modificaciones que ahora la hacen verse como se ve. Esta es la versión actual de aquella marca. No se sabe en qué forma devendrá ni si seguirá siendo visible, el movimiento en vaivén del agua, del viento y de la tierra han proporcionado el movimiento en vaivén de la huella. El juego de la huella.

Introducción al concepto de huella:

La huella entendida como marca, ha sido desarrollada teóricamente tanto como prueba de su idoneidad como de su inconveniencia en su uso conceptual. Resulta conveniente partir de la definición de “huella” que figura en el diccionario de Psicoanálisis de Laplanche & Pontalis (2004):

Término utilizado por Freud, a lo largo de toda su obra, para designar la forma en que se inscriben los acontecimientos en la memoria. Las huellas mnémicas se depositan, según Freud, en diferentes sistemas; persisten de un modo permanente, pero sólo son reactivadas una vez catecüzadas. (p.56)

En esta instancia, el problema de la nomenclatura se hace presente. Huella, inscripción, impresión. Estos términos difieren entre sí en la profundidad de su sello, en lo indeleble y permanente de su marca. Y es en éste punto en que se despliega la polémica en torno al concepto de huella.

Derrida (1997), propone como punto de partida el análisis etimológico de la palabra “archivo”. “Arkhé” nombra paralelamente el *comienzo* y el *mandato*; el primero alude al principio físico, histórico y ontológico, mientras que el segundo remite al principio monológico. Así, el autor encuentra en el origen conceptual de “archivo” una referencia a lo originario, a lo primero y primitivo, junto con la ley, como representante de una lógica única. Según esta idea, el comienzo determina en forma de mandato. El propio concepto de huella que propone Sigmund Freud a lo largo de su obra, encarna esta “teoría del archivo” que desarrolla Derrida (1997). “Huella” como impresión heredada del Psicoanálisis que marca el concepto de archivo y de archivación, incluso la historia de la formación de un concepto general.

El archivo implica vacío. El archivo, sostiene Derrida (1997), no puede ser memoria en su forma viva y espontánea, sino que justamente tiene lugar en la debilidad estructural de la memoria. Así entendido, el archivo aparece en el lugar en que se agota la memoria. Según el autor, la pulsión de muerte, entendida y explicada

por Freud como pulsión de destrucción o agresividad, empuja al olvido o incluso al destierro del archivo. Esta es la paradoja en que se concentra el autor: “el archivo es hipomnémico” (Derrida, 1997:20). En la propia inscripción de la huella ya hay olvido, ya que no es posible capturar la totalidad de la experiencia. En palabras de Derrida:

Si no hay archivo sin consignación en algún lugar exterior que asegure la posibilidad de la memorización, de la repetición, de la reproducción o de la re-impresión, entonces, acordémonos también de que la repetición misma, la lógica de la repetición, e incluso la compulsión a la repetición, sigue siendo, según Freud, indisociable de la pulsión de muerte. Por lo tanto de la destrucción. (P. 19).

Ahora bien, ¿por qué la memorización iría directamente asociada a la repetición? En última instancia, ¿existe una intención de memorizar?

Los dispositivos que ofician como auxiliares de algunas funciones, creados con la intención de reforzarlas, como ser la visión o la audición (entre muchas otras), están contruidos a semejanza del órgano en cuestión o partes de éste. Freud encontrará en un juego infantil, un auxiliar de la memoria que si bien no alcanza a abarcar la complejidad de su funcionamiento, sirve como representación del aparato mnémico propuesto por el Psicoanálisis, específicamente, la impresión de huellas mnémicas.

En su escrito “Nota sobre la pizarra mágica”, Freud (1992) parte del problema central del registro escrito como método auxiliar de la memoria: la conservación de huellas duraderas y la capacidad ilimitada de recepción. La superficie que oficia de soporte del registro de signos, dependiendo de la naturaleza de esta, conlleva una limitación. En el caso, por ejemplo de una hoja de papel, superficie que tiene la capacidad de conservar una impresión durante un tiempo indefinidamente largo, garantiza el registro de una huella duradera, pero presenta el problema de que su superficie es agotable, además de que conserva marcas que indefectiblemente perderán valor con el tiempo y que aún así seguirán ocupando espacio. Por el contrario, una superficie capaz de ser reutilizada, como una pizarra, cuenta con la ventaja de ser receptiva sin límite temporal y además, las huellas allí registradas son pasibles de ser borradas una vez perdido el interés de conservarlas. Claramente, la desventaja de esta superficie es que no es posible el registro de huellas duraderas.

Es posible observar que estos dispositivos como auxiliares de la memoria resultan insuficientes. El aparato mnémico es ilimitadamente receptivo para nuevas impresiones, y también dispone de huellas mnémicas duraderas. Freud (1992), atribuye esta capacidad a la existencia de dos sistemas que funcionan a modo de órganos diferentes dentro del aparato anímico. Uno de estos sistemas, el sistema P-

Cc, recoge las percepciones, mientras que el otro conserva las huellas de éstas. En este último están las bases del recuerdo. Estas dos propiedades del aparato mnémico, Freud (1992) las encuentra representadas en la “pizarra mágica” o “block mágico”, un artefacto de entretenimiento que cuenta con una superficie transparente donde se puede escribir (vale destacar que no se escribe con lápiz, sino que se trata de un instrumento puntiagudo), sobre una segunda superficie de otro material que podría ser cera o resina de un color oscuro. Lo interesante del dispositivo es que los signos trazados se pueden borrar de la superficie mediante un simple movimiento que separe la hoja escrita de la hoja de cera que está debajo (interrumpir el contacto entre ambas superficies), mas en ésta hoja de cera queda una marca del registro a la cual se puede acceder con la iluminación correcta. Conclusión: una superficie ilimitadamente receptiva y huellas duraderas en un mismo dispositivo. Así es como Freud (1992) entiende el funcionamiento del aparato perceptivo.

El autor culmina esta nota con un análisis final; a diferencia de la pizarra mágica, el aparato anímico de la percepción tal como él lo ha supuesto, presenta la capacidad de “reproducir desde adentro lo escrito”, en forma de memoria (Freud, 1992:246).

A la manera del contacto entre ambas superficies en el caso de la pizarra mágica, en el aparato mnémico, el sistema de percepción es investido periódicamente por el inconciente, generando que las percepciones recibidas estén acompañadas de conciencia, y transmitiendo esta excitación a los sistemas mnémicos inconcientes. Cuando el contacto es interrumpido, o sea, cuando la investidura es retirada, se suprime la conciencia y se suspende la operación del sistema. En palabras de Freud (1992:247) “Sería como si el inconciente, por medio del sistema P-Cc, extendiera al encuentro del mundo exterior unas antenas que retirara rápidamente después que estas tomaron muestras de sus excitaciones.” De esta manera es entendido el archivo en su condición hipomnésica. Si el contacto no se interrumpiera en ningún momento sería posible captar la totalidad de la experiencia en todas sus dimensiones, lo cual genera una asociación automática del recuerdo, como el personaje principal del cuento de Jorge Luis Borges, “Funes el memorioso”, escrito en 1944, un caso de hipermnésia. Ireneo Funes vivenciaba cada recuerdo acompañado de sensaciones musculares, térmicas, etc. Diría Funes: “Mi memoria, señor, es como un vaciadero de basura”.

Así argumenta el autor esta capacidad de “reproducción” del aparato mnémico (memoria). Aquello que ha dejado impresa una huella, tiene la capacidad de “retornar” a la conciencia una vez *catecüzada*; tiene la posibilidad de ser “reactivada”, según establece la definición de huella expuesta anteriormente. Catexis es un concepto

económico, y genera que una energía psíquica se junte a una representación; de esta manera, una huella antigua puede ser actualizada mediante una vivencia que de alguna forma “se asocia” a aquello que dejó una marca (Freud, 1992).

Ricoeur, citado por Montañez (2008) sostiene que en la labor interpretativa, esta huella en forma primera no conlleva un sentido trascendental, y no justifica ni fundamenta (a la manera de origen como mandato), sino que habla de “lo que precede en el orden de la distorsión, del disfrazamiento.” (Montañez, 2008:4)

Entendiendo el aparato psíquico como plantea el Psicoanálisis, resulta posible observar estas comparaciones que Freud (1992) realiza con la pizarra mágica; y éste es el punto que desarrolla Derrida (1997) como problema: lo que se pone en juego en los modelos de representación del aparato psíquico, entendido como dispositivo de percepción, de registro, de *distribución tópica de lugares de inscripción*. Las tecnologías aportan estos modelos de representación, y en este juego es posible tanto ampliar el entendimiento así como limitarlo. En este sentido, es posible abordar la tecnología en términos de la técnica como mandato. ¿La técnica de archivación pudo haber condicionado la formulación, y por lo tanto la concepción de aparato psíquico que nos fue heredada? El autor sostiene al respecto que “la estructura técnica del archivo archivante determina asimismo la estructura del contenido archivable en su surgir mismo y en su relación con el porvenir.” (Derrida, 1997: 24)

Juegos de memoria y memorias en juego...

El problema del archivo como método de captura de la experiencia es abordado desde muchas técnicas, lenguajes y disciplinas, desde una multiplicidad de políticas. En lo que respecta a la línea que se viene exponiendo nos preguntamos ¿existe en la acción de archivar una intención? Si el archivo es pensado como “prótesis” para reforzar la capacidad de almacenaje de información, entonces la acción de consignar sí tendría una intención. ¿Habría intención en el olvido? Tanto el archivo como el aparato psíquico son hipomnémicos, y es que el olvido es parte estructurante de ambos. ¿Para qué se habría de ignorar esta condición constitutiva de la memoria? La dimensión de la intencionalidad es traída a colación para reflejar la idea que se asocia a los fenómenos de consignación, de registro de signos de una manera voluntaria; desde el uso de una agenda, hasta el uso de un artefacto para ejemplificar el funcionamiento psíquico. La importancia de la exterioridad es visible en la funcionalidad de estos auxiliares de la memoria como soporte de huellas, y por otro lado, como catalizador de éstas, posibilitando su constante actualización. La

exterioridad proporcionando marcas y paralelamente facilitando actualizaciones, constituye el punto neurálgico de la presente monografía.

El “juego de huellas” remite a aquel movimiento de vaivén que plantea Gadamer (1993). Lejos de operar como mandato, la huella se actualiza en este movimiento sin dirección ni objetivo; sin intencionalidad. Sin esfuerzo.

A la manera de una huella, tal como se ha conceptualizado, el presente apartado oficia de huella en el desarrollo ulterior de este documento monográfico. Como mandato que determina el porvenir o como movimiento de actualizaciones sin un objetivo final, veremos cómo la figura materna queda impresa como primera huella de otredad, quizá como el primer registro de exterioridad en la interioridad.

2.

Entonces, todo comenzó...jugando.

“... examinaré un rasgo importante del juego, a saber: que en él, y quizá sólo en él, el niño o el adulto están en libertad de ser creadores.”

(Winnicott, 2009:79)

Es en el gerundio de esta palabra “*jugar*” donde se despliega un horizonte de posibilidades. En la revisión bibliográfica sobre Creatividad, se puede observar que cada disciplina aporta una lectura de este fenómeno atendiendo a su propio lenguaje y visión de la realidad, sin embargo coinciden en que lo nuevo se origina en el acto de jugar.

El filósofo alemán Nietzsche, transmite esta idea en su obra “El nacimiento de la tragedia” de 1872, utilizando la mitología griega como recurso conceptual. La clásica dicotomía filosófica de lo apolíneo y lo dionisiaco como fuerzas vitales y antagónicas, permiten al autor reflexionar sobre el orden y el caos. Dionisio, dios del vino, inspira el éxtasis y la intoxicación; en oposición a este fondo caótico, de flujo vital efervescente surge el orden, el impulso formador de Apolo, trayendo consigo lo bello y armónico.

Barrera de Encinoza (2013) en sus lecturas de Nietzsche, “El nacimiento de la tragedia”, plantea que “el artista cual jugador, y abierto a toda posibilidad creadora, penetra en el fondo primordial de Dionisio, informe, caótico, y lo transforma en la bella apariencia de Apolo.” El pensamiento nietzscheano deja planteado el siguiente panorama: un individuo (artista) en estado de tensión, cuya posibilidad de superación se encuentra en el juego, en su capacidad de jugar. El autor propone pensar el arte como una suerte de puente entre ambos estados (caos y orden), sin embargo vale recalcar que el vehículo que opera detrás del arte es el juego. Si bien en esta línea de pensamiento, la creación misma se presenta en forma de arte, en la presente monografía no nos ocuparemos del arte como expresión del impulso creador.

Desde el Psicoanálisis, Winnicott (2009) también ha conceptualizado el juego como fenómeno clave en el pasaje de un estado a otro; posibilitando lo novedoso, es decir la creatividad. El juego hace visible un espacio que, a modo de puente, permite aliviar la tensión y conflicto básico del ser humano: principio de placer - principio de realidad.

Sobre comienzos y desenlaces: objeto transicional y fenómenos transicionales.

“Hay un desarrollo que va de los fenómenos transicionales al juego, de éste al juego compartido, y de él a las experiencias culturales.”

(Winnicott, 2009:76)

El individuo vive inmerso en una doble exposición, cuya tensión deberá transitar a lo largo de su vida. Estas dimensiones son: la realidad interna (experiencia subjetiva) y el mundo exterior (realidad objetiva). En una suerte de superación de dicha tensión, Winnicott (2009) plantea una tercera dimensión, la cual reconoce como *zona intermedia de experiencia*. Esta zona, a diferencia de las otras dos, se encuentra libre de conflicto o ataques, ya que no se le presentan exigencias. En esta zona intermedia, el autor introduce los términos de *objeto transicional* y *fenómenos transicionales*.

Para explicar la aparición y desarrollo de dichos fenómenos, el autor se detiene en la relación del bebé con su madre (figura materna), y el proceso gradual y necesario de la ilusión a la desilusión en manos de ésta. Dicha aptitud de la madre se constituye por una serie de acciones que el autor encuentra reunidas en lo que denomina “*madre suficientemente buena*”; esta madre será capaz de brindarle al bebé una oportunidad de ilusión, para luego desilusionarlo en un ritmo que éste sea capaz de afrontar. La ilusión se instaura y se mantiene en la medida en que la madre se adapta activamente a las necesidades del bebé, refiriéndose no sólo a los momentos de excitación, como ser la sensación de hambre, sino al cuidado del niño en términos generales.

La madre que se adapta a las necesidades del bebé, se presenta en el momento en que surge una tensión instintiva, es decir una necesidad en éste. Por ejemplo, el bebé comienza a sentir incomodidad (ya sea por hambre, frío, etc.) y en este momento la madre ofrece su pecho y su voluntad de alimentarlo. La repetición de esta situación genera en el bebé la ilusión de que existe una realidad exterior a él que se corresponde con su capacidad de crear. “*La madre coloca el pecho en el lugar en que el bebé está pronto para crear, y en el momento oportuno.*” (Winnicott, 2009:30). El pecho sólo es percibido cuando es necesario “crearlo”. Se hace visible la experiencia de omnipotencia por parte del bebé, quien pareciera ejercer un dominio mágico sobre el pecho materno. De esta manera, se diagrama entre el bebé y la madre un espacio caracterizado por la *ilusión*.

El período correspondiente a la *desilusión*, previa al destete, se caracteriza por el retiro materno. El lugar que antes estaba protagonizado por la ilusión, ahora comienza a modificarse debido a la necesaria aparición de los fenómenos transicionales y el uso del objeto transicional, configurando la mencionada *zona intermedia*. En el momento en que la madre se vuelve capaz de estar totalmente presente o ausente, el niño puede entrar en el espacio de lo transicional.

Con el retiro materno se implanta la tensión básica mencionada al comienzo del apartado: experiencia subjetiva - realidad objetiva. La primera se encuentra teñida por el principio de placer, y en el caso del bebé da cuenta del estado de ilusión que lo mantiene fusionado al pecho materno. La segunda refiere al principio de realidad, a la prueba de realidad, a la cual el bebé se enfrenta al imponerse dicho retiro. El pecho materno no está. Así, en el intento de afrontar esta tensión provocada por la ausencia objetiva de la madre, se despliega en el bebé un trabajo psíquico que dará lugar a los primeros esbozos de lo intermediario (Winnicott, 2009).

Vacheret (1995), psicóloga clínica y profesora del Instituto de Psicología de la Universidad Lyon II, presenta un trabajo de revisión de la literatura abocada al tema de la mediación y la categoría de lo intermediario; en el que observa que resulta pertinente el abordaje teórico de los procesos vivenciados por el bebé y que dan lugar a la aparición del objeto transicional:

Esta madre ausente en la realidad física externa puede estar presente en su interior en una forma alucinada, que responde al principio de placer. Para darse la posibilidad de superar tal ruptura, tal falta, cambia de registro y de relación con la realidad material; de nuevos medios para hacerla existir psíquicamente. Busca, encuentra y crea sentido atribuyendo a un objeto “ya ahí” en su entorno, un valor y una riqueza simbólicos que nadie puede sospechar. (p. 173)

El retiro materno es de suma importancia en el desarrollo del niño en general, pero en lo que respecta a la creatividad, esta separación es la que posibilita la “creatividad primaria”; primer vestigio de creatividad en el sujeto. Al recrear el objeto (madre) que está ausente, el niño está creando una alternativa en un intento de calmar la ansiedad de separación (Vacheret, 1995).

Se entiende como fenómeno transicional, al uso por parte del niño de objetos que no forman parte de su cuerpo, y que no son reconocidos aún como parte del afuera. El objeto transicional permite el pasaje del bebé de un estado de fusión con la madre, a un tipo de vínculo donde ésta pasa a ser algo separado y exterior a él. Este

objeto como primera posesión, posibilita el reconocimiento de la exterioridad, del no-yo. En el primer momento de la relación bebé-madre no está claro el límite corporal; el niño aún no ha experimentado su Yo-Piel, confundiendo el adentro y el afuera (su propio cuerpo y el cuerpo materno) (Winnicott, 2009).

En esta instancia, que el autor propone pensar en términos de ilusión, el vínculo se desarrolla en el orden de lo inmediato. En el segundo momento de la relación, protagonizado por el retiro materno, comienza a instalarse una conciencia de estos límites entre ambos cuerpos; el niño adquiere una vaga sensación de que existe en forma autónoma, y aquella inmediatez de la presencia o ausencia materna comienza a ser reemplazada por una vivencia relacional en diferido.

Nuevamente vemos la importancia de que esta distancia aparezca y se le de el lugar que debe tener; es decir, en la medida en que tenga lugar el retiro, la ausencia, es posible el mutuo reconocimiento como singularidades, como dos cuerpos, dos personas. Cuando existe este espacio entre dos, el sujeto será capaz de reconocer sus propios límites, tanto corporales como psicológicos. La distancia permite la diferenciación entre el bebé y la figura materna, entre uno y el otro.

La tan mencionada “tensión” pone en marcha un verdadero trabajo de mentalización por parte del bebé; el objeto transicional implica el acceso a un mínimo de elaboración y superación de la ansiedad depresiva generada por la ausencia materna, ya que sustituye el espacio interior de la presencia alucinada. El bebé alcanza un estado en que es posible dominar la presencia o ausencia del otro a través del juego, del juego consciente. Este “juego consciente” refiere a que el niño sabe que juega y que hace “como si”. El objeto con el cual lleva a cabo este juego, que como vemos está en el origen de la mediación, cuenta con dos propiedades: materialidad y analogía simbólica. Ésta última remite al pensamiento analógico, el cual se manifiesta primeramente en la *representación de cosa* (objeto madre-objeto transicional), y posteriormente en la *representación de palabra* una vez adquirido el lenguaje (Winnicott, 2009).

Green (2008:28), psiquiatra y psicoanalista francés, miembro de la Sociedad Psicoanalítica de París, sostiene que Winnicott ha propuesto una alternativa al problema clásico que pone el acento en la ausencia o en la presencia, a saber: “...el objeto es encontrado, por oposición a perdido, y creado, por oposición a percibido”. Esto implica un cambio significativo en la concepción de las relaciones entre la representación (memoria) y la percepción (conciencia).

Así, el objeto transicional y los fenómenos transicionales, inician al niño en un tipo de experiencia que se despega de la omnipotencia y el dominio mágico que caracterizaban al comienzo su relación con el exterior. Configurando una zona

intermedia de experiencia, los fenómenos transicionales ofrecen al ser humano un espacio de vital importancia por el resto de su vida: una zona libre de exigencias, ya que no pertenece a la realidad interna ni a la realidad externa. En el desarrollo ulterior, el objeto transicional pierde significación en la medida que se desarrollan los intereses culturales, los cuales habitarán dicha zona intermedia (Winnicott, 2009).

De juegos y encuentros

“...cuando hay fe y confiabilidad existe un espacio potencial, (...) que el bebé, el niño, el adolescente, el adulto, pueden llenar de juego en forma creadora. Con el tiempo, ese juego se convierte en el disfrute de la herencia cultural”
(Winnicott, 2009:144)

Winnicott (2009:64) localiza el juego en el *espacio potencial* existente entre el bebé y la madre, y denomina este espacio como *“campo de juego”*. El juego comienza entonces, a tomar forma en el vínculo entre el bebé y la madre, y la interacción de éstos. La madre, en un principio, alterna entre dos lugares; ser aquello que el niño *puede* encontrar, y ser ella misma (esperando ser encontrada). De esta manera, y con el tiempo, el pequeño comienza a experimentar un “control mágico” sobre su entorno, lo que ha sido descrito como “omnipotencia”. En la medida en que la madre logre participar sostenidamente en el juego del niño, se genera un estado de confianza por parte de éste, facilitando un *campo de juegos intermedio*.

Para que tenga lugar dicho estado de confianza, es necesario que la “relación tenga por motivo el amor de la madre, o su amor-odio, o su relación objetal, y no formaciones de reacción” (Winnicott, 2009:72).

Estos lazos de amor y confianza permiten que el niño pueda jugar solo. La presencia física de la persona a quien ama ya no resulta imprescindible, porque ésta existe cuando se la recuerda; dando paso a la etapa más desarrollada del juego, la cual se expresa en lo que Winnicott (2009:61) plantea como “superposición de dos zonas de juego”. En un principio, es la madre quien se “acomoda” al juego del pequeño, hasta que progresivamente va introduciendo su propia manera de jugar. El resultado, es un campo de juego donde conviven dos “zonas de juego”: la del niño y la de la madre.

En este punto, es de suma importancia traer a colación la aclaración que el autor realiza en torno a sus teorizaciones respecto del juego. Éste recuerda al lector que todo aquello que diga sobre el acto de jugar en los niños, se aplica también a los

adultos, y es que el juego debe resultar tan evidente en el análisis de unos como de otros. En el adulto, si bien el material que expone es fundamentalmente verbal, es posible observar manifestaciones del juego en la elección de las palabras, inflexiones de la voz, y más explícitamente en el uso del humor.

En palabras de Winnicott (2009):

La psicoterapia se da en la superposición de dos zonas de juego: la del paciente y la del terapeuta. Está relacionada con dos personas que juegan juntas. El corolario de ello es que cuando el juego no es posible, la labor del terapeuta se orienta a llevar al paciente, de un estado en que no puede jugar a uno en que le es posible hacerlo. (p. 61)

El autor no sólo hace visible este concepto de superposición de zonas de juego en el espacio psicoterapéutico, sino que paralelamente hace alusión a una especie de actualización del vínculo bebe-figura materna, en este caso en dicho espacio. Podemos pensar entonces al mencionado vínculo como una suerte de modelo vincular primario. La madre ha dejado una huella, ha habilitado un espacio que remite al otro. Este lugar será ocupado a lo largo de la vida del individuo por una multiplicidad de personas, de presencias y ausencias. El lugar de la madre comienza a diagramar lo que será el lugar del otro.

Entonces, tenemos planteado en manos de Winnicott (2009), el desarrollo del primer vínculo que integrará el hombre: vínculo madre-hijo. En éste se ubican los primeros vestigios del juego como fenómeno esencialmente creador. En el juego, el individuo se muestra creador. Entonces, en relación con el otro el individuo se muestra creador.

El estado de confianza por parte del niño, estado que la figura materna ha propiciado desde la ilusión a la desilusión como proceso gradual, habilita en el pequeño, y posteriormente en el adulto, un estado de relajación. Sólo en la relajación, sostiene el autor, es posible el juego auténtico y la asociación libre, y finalmente el acto creativo. En el marco del espacio terapéutico se da la misma lógica; el terapeuta que ha logrado generar confianza en el paciente, posibilita un ambiente de relajación. En este estado de reposo, en que no impera la ansiedad o la necesidad de defensa, la persona se entrega al acto de asociar libremente, sin intención mediante. Este acto asociativo sin esfuerzo ni dirigido a un fin, cual movimiento en vaivén, remite al juego.

Esta entrega que para Winnicott (2009) se propicia con la relajación, habilita la libre asociación creadora y podría relacionarse con aquella perspectiva propuesta por

Barrera de Encinoza (2013) en relación al artista y al acto creador: la entrega del artista al fondo primordial de Dionisio abre toda posibilidad creadora.

Siguiendo esta línea, Green (2008:29) sostiene que el aporte fundamental de Winnicott es que permitió la comprensión del mundo interno en términos de caos reclamando una forma de orden. "... el caos no es el estado que antecede al orden, sino la pérdida de un orden ya establecido, aunque mínimo."

En la superposición de dos zonas de juego, de dos personas en estado de relajación y confianza, es posible, dice Winnicott (2009), introducir enriquecimientos. A este respecto, puede resultar enriquecedor también, dedicar un espacio a los aportes de Baruch Spinoza desarrollados por Deleuze (1981). Según Deleuze (1981), Spinoza sostiene que cada cuerpo, idea o pensamiento se constituye de relaciones características incluidas en las partes que lo componen. De esta manera, en el encuentro de dos cuerpos, ideas o pensamientos distintos, "sucede o bien que las dos relaciones se componen formando un todo más poderoso, o bien que una de ellas descompone la otra y destruye la cohesión entre sus partes." (Deleuze, 1981:29). Cuando las dos relaciones se componen, ambas perciben un aumento en su potencia, en su capacidad de actuar, mientras que de lo contrario, éstas experimentarían una disminución en su potencia.

La noción de "enriquecimiento" que introduce Winnicott (2009) en su desarrollo teórico, resulta asimilable a esta idea de encuentro potenciador. El juego compartido implica el reconocimiento de una exterioridad, y la capacidad de confiar en ésta.

En el ámbito psicoterapéutico, Winnicott (2009) ilustra este fenómeno. La seguridad que brinda el marco terapéutico habilita la relajación del paciente, permitiéndose asociar libremente; en éste juego de asociación, el terapeuta que se esfuerza en ser analista y encontrar orden en el caos, acaba por provocar que el paciente abandone esa zona de insensatez, de juego. El terapeuta no ha podido jugar, y por ende la zona de juego compartida no ha permitido la búsqueda creadora. No ha sido posible un encuentro potenciador.

En el encuentro, el individuo podrá vivir aquella *zona intermedia de experiencia* de una manera compartida; específicamente en las experiencias culturales. Vale recordar que son estas experiencias la continuación del juego compartido, y éste, la continuación de los fenómenos transicionales. Así, para el autor, el jugar conduce naturalmente a la experiencia cultural.

Winnicott (2009) propone la existencia de esta tercera zona o espacio intermedio como alternativa a la dicotomía clásica: realidad exterior-realidad psíquica interior, y ubica en esta nueva dimensión la vivencia cotidiana del individuo, es decir, lo que sucede la mayor parte de nuestro tiempo *cuando experimentamos el vivir*. El autor

se pregunta entonces: “¿Dónde estamos cuando hacemos lo que en verdad hacemos durante buena parte de nuestro tiempo, es decir, divertirnos?” (Winnicott, 2009:141).

Bareiro (2013) reflexiona sobre la concepción winnicotteana de la subjetividad humana, y entiende que esta tercera zona no sólo permite comprender la vida y el compartir con otros, sino que además posee una modalidad de expansión; ya sea por las modificaciones en su manifestación (del objeto transicional al interés cultural), como por su carácter de transformación, dinamizándose y ampliando sus fronteras. En relación al espacio transicional, la autora plantea que “Esta dinámica entre lo propio y lo ajeno instauro un espacio virtual en donde lo foráneo ingresa transformándose. Adquiere en este ámbito una nueva significación, es una forma de desalejar (...) lo que está lejos, lo distante.” (Bareiro, 2013:10).

En esta relación yo/otro, singular/plural, lejos de asociarse a la tensión freudiana del hombre como esclavo de sus pulsiones, Winnicott (2009), al igual que muchos otros, concibe que el hombre sólo puede hallarse a sí mismo en su relación con los otros. La cultura no sólo es la manifestación más amplia de lo transicional, sino que además promueve las posibilidades del sujeto, sus posibilidades de “sentirse real”. En este juego de dependencia/independencia, encuentro/separación es donde el hombre encuentra su crecimiento: “estar apartado sin estar aislado”. El medio cultural es donde se expresa esta relación yo-otros.

3.

Entre Dionisio y Apolo... Creatividad

Te ruego, hijo, que mires al cielo y a la tierra y, al ver todo lo que hay en ellos, sepas que a partir de la nada lo hizo Dios y que también el género humano ha llegado así a la existencia.”

(2 Macabeos, 7:28, Biblia de Jerusalén)

Puntos de partida...

En filosofía y teología se utiliza la expresión *creatio ex nihilo* para hacer referencia a aquello que se crea a partir de la nada o desde la nada, a la manera de Dios. Este concepto surgió en oposición al término *creatio ex materia*, el cual refiere a la creación a partir de materia preexistente. A diferencia de la concepción bíblica de la creación, la mitología griega entiende la creación del mundo a partir de materia preexistente en un estado de caos. El orden de Apolo surgiendo del caos de Dionisio.

Del caos es posible la aparición de algo nuevo, la aparición de un nuevo orden. Dicha aparición, lejos de darse de un modo mágico, implica un trabajo que si bien es espontáneo, como se viene exponiendo, requiere un cambio de lógica, *una nueva trama de sentido*, diría Fiorini (2006).

Este autor, psiquiatra y psicólogo argentino, realiza una revisión de la literatura sobre creatividad, pasando por Winnicott hasta Neruda, y en él toma ciertas definiciones que pueden resultar apropiadas para comenzar este apartado de creatividad.

Así, el autor plantea que en el diccionario de Ferrater Mora se dice que “crear” es “la formación de algo a partir de una realidad preexistente, transformación de lo posible en actual” (Fiorini, 2006:3). Por otra parte, toma la definición de Verbalin de 1984, quien la entiende como “el proceso de presentar ciertos problemas a la mente y originar una respuesta según líneas nuevas no convencionales (...) Por una combinación de elementos hasta entonces desconocidos para el sujeto, se logra algo diferente” (Fiorini, 2006:3).

Finalmente toma la definición de Torrence, psicólogo y educador norteamericano, quien plantea que “crear” es “redefinir, reestructurar, combinar de modos originales objetos, proyectos, ideas y experiencias” (Fiorini, 2006:3).

Fiorini (2006:3), por su lado, propone la siguiente definición: “Crear es convocar tensiones y contradicciones, y darles formas nuevas a esas tensiones y a esas contradicciones, de modo que esas formas puedan albergarlas y hacerlas fecundas.”

“Lo posible”, “líneas no convencionales” y “modos originales” aluden a la idea de lo novedoso partiendo de lo que ya está; como la posibilidad de que un objeto represente a una persona (figura materna), propiedad del objeto transicional.

El problema que ha presentado la noción de creatividad como fenómeno psíquico ha sido su ubicación, interrogante a la cual se dedica Winnicott (2009), y por consiguiente el tipo de pensamiento que predomina en los procesos creadores. En un esfuerzo creativo, dicho autor encuentra una alternativa, una respuesta original ante las limitaciones inherentes al modelo de aparato psíquico desarrollado por el psicoanálisis freudiano. Este modelo no permitía asir los procesos creativos, quedando afuera de toda explicación. Ante este conflicto, Winnicott (2009) *origina una respuesta según líneas nuevas no convencionales: el concepto de terceridad*.

Apuntes sobre Terceridad

El concepto ya mencionado de “terceridad” (Winnicott, 2009:20) es crucial para el entendimiento del fenómeno de la creatividad, por dicha razón lo ampliaremos a continuación.

La mayoría de los procesos freudianos se organizan en dos categorías opuestas: dos series de procesos (primario y secundario), dos tipos de represión (primaria y secundaria), etc. A diferencia de esta presentación dualista de los mecanismos de base, las estructuras complejas requieren una alusión a la terceridad (Winnicott, 2009).

Green (2008), fundamenta el movimiento que él entiende como lógico, del dos al tres como valor precedente. Plantea que desde una perspectiva evolutiva, la relación dual madre-hijo sería la relación preedípica, la cual precede al estadio edípico constituido por tres personas. Desde este punto de vista, el deslizamiento de un modo binario a uno ternario resulta lógico; y continúa explicando que no es concebible la relación madre-hijo abstraída del sistema madre-padre. El papel del padre no es posible ignorarlo. Si bien al comienzo la relación del niño con su padre puede parecer mínima en comparación con la relación de éste con su madre, para Green (2008) es evidente que el amor de la madre por el padre y viceversa, hacen a la relación *suficientemente buena* de ésta con el pequeño. El autor, en este sentido, destaca la importancia de saber si un ausente (un actor no directamente presente en la relación)

también juega un papel en tanto esté presente en la mente de uno de los miembros de la pareja madre-hijo. “No creo que se deba esperar a que el niño sea capaz de concebir un tercero (...) para admitir que puede ser influido por la presencia de fantasías referidas al padre en el pensamiento de la madre.” (Green, 2008:112)

Green (2008) propone agregar a los procesos primarios y secundarios de Freud, otro tipo de instancia: los procesos terciarios. Estos funcionan como un intermediario y ligan los otros dos procesos. En el análisis, el proceso terciario colabora al insight y se hace evidente tanto en las asociaciones racionales del recuerdo de un sueño, como en los lapsus en un relato. La ausencia o insuficiencia de estos procesos implican una limitación en los progresos del análisis; lo cual se vincula con la perspectiva de Winnicott (2009) sobre la incapacidad para jugar como dificultad para diagramar el espacio terapéutico.

Green (2008) se apoya en Peirce, filósofo y semiólogo norteamericano, para abordar esta dimensión de la terceridad. Según Green (2008), Peirce entiende que la terceridad es el verdadero nivel de comprensión, ya que no es posible modificar un par sin introducir algo de otra naturaleza a partir de esa unidad del par. De esta manera, Winnicott (2009) se posiciona entre la creatividad primaria y la percepción objetiva, y lo plantea como una paradoja que debe ser aceptada sin procurar resolver. La percepción objetiva, lejos de suprimir la creatividad primaria, brinda un enriquecimiento de la creatividad gracias a su interacción. En este “intermedio”, en esta paradoja ubica Winnicott (2009) la creatividad y el “buen vivir”.

Sobre el psiquismo creador

Los estudios destinados a la creatividad comienzan generalmente con la misma salvedad: la creatividad como impulso creador independiente de la creación (manifestada en una obra artística). Fiorini (2006) no es la excepción, sin embargo se vale de esos objetos de creación como ejemplos de una capacidad humana general, que es la capacidad de crear.

La hipótesis de la que parte el autor es que “la activación de un sistema creador en el psiquismo será la que trabaje en el terreno de aquellas capturas (neuróticas), movilice sus objetos arcaicos y los haga entrar en nuevas tramas de sentido” (Fiorini, 2006:1).

Retomando la idea de caos que se ha venido mencionando, el autor entiende que el orden neurótico del psiquismo recibe el conflicto, el caos, como una contradicción que no se puede resolver, emergiendo entonces la angustia. La labor

creadora toma las partes que conforman la contradicción, los convoca y establece allí nuevas relaciones. De esta manera, la contradicción se convierte en material donde construir.

Desde su óptica clínica, propone pensar la demanda como un acto que supone creatividad también, el terapeuta es convocado para crear, junto con el paciente, algo diferente con lo que ocurre. Continuando esta línea, plantea que la propia enfermedad, el padecimiento, puede ser tomado como creación, como proyecto creador. Para captar las relaciones entre la psicopatología y el proyecto creador, Fiorini (2006:2) cita una frase de Sartre: “En todo padecimiento humano se encuentra oculta alguna empresa”.

El proceso creador tiene su punto de partida, plantea Fiorini (2006), en el mundo de lo conocido, en el espacio de lo ya dado. La lógica de este espacio amenaza con capturar al psiquismo creador en sus formas establecidas, y es en este punto en que emerge el impulso creador. Este impulso, entendido por el autor como empuje pulsional, apunta a desorganizar las formas constituidas en un intento de conquistar nuevos espacios. Se hace visible aquella idea de lo nuevo partiendo de lo posible.

En el límite entre lo dado y lo nuevo es donde se juega la resistencia por parte del primero. Es un lugar de gran tensión en el interior del psiquismo entre lo que intenta aferrarse y lo que intenta desorganizar. “Esta experiencia de atravesamiento del límite, que a veces se ha llamado “transgresión”, supone ansiedad y cierto placer. Hay placer porque se esboza ya una experiencia de libertad...” (Fiorini, 2006:4)

De esta manera, y como una especie de explosión deviene el caos creador. Momento del proceso creador en que las formas constituidas sufren una dispersión; este momento es un espacio de apertura en diversas direcciones. Puede llevar consigo un estado de vértigo y libertad, a menudo angustiante.

El alejamiento de lo dado, lo conocido, puede remitir a una “nada”, una sensación de vacío donde todas las posibilidades están a la espera de ser conquistadas o, por el contrario, puede resultar demasiado angustiante. Vale recordar en este sentido, que las tradiciones espirituales de Oriente entienden que la nada implica “ninguna cosa”, únicamente hay proceso y transcurso (Perls, 2012).

A este respecto, puede resultar interesante el concepto de “vacío fértil” (Perls, 2013:105), utilizado en las teorizaciones de la Gestalt Terapia. Friedlaender, filósofo alemán, llamó *punto cero* a la posición de neutralidad entre opuestos. Esta idea de punto cero constituye la base conceptual de “vacío fértil”; en el cual, nada ha florecido aún y existen todas las potencialidades creativas (Peñarrubia, 2014). Perls (2013:105), precursor de la terapia gestáltica, describe el vacío fértil como una “experiencia

esquizofrénica en miniatura”, difícil de tolerar, que exige confianza y coraje y que resulta más familiar al artista que al intelectualizador. “En el vacío fértil, la confusión se transforma en claridad; la emergencia en continuidad; el interpretar en vivenciar”. (Perls.2013:106)

El momento creativo implica un cierto despojo de lo anterior, de lo que ya está allí, para entregarse a las posibilidades de convertirlo en otra cosa. Vemos que el acto creador surge de la tensión. En el caso del bebé que coloca en su juguete la presencia de su cuidadora/cuidador, este movimiento emerge del conflicto que genera la ausencia; así como el artista se enfrenta a la nada o al vacío para que nazca su creación. En ambos casos, podemos observar la creación surgiendo de la ausencia.

Continuando con el proceso creador, cuando la insistencia y la búsqueda de la nueva forma se extinguen, sucede una *caída en lo imposible*, la cual es también una posibilidad, un riesgo de esta movilización y provocación del caos. Todo trabajo creador pasa por este riesgo de acabar “no siendo” (Fiorini, 2006).

Una vez atravesado el momento vacilante, en que el acto creativo está en busca de una forma, y ya se encuentra constituido el objeto de creación, éste ya se autosostiene y el sujeto puede alejarse. *Ese objeto tiene vida propia*, dice Fiorini (2006), lo cual significa que el proceso creador también implica un momento de duelo, de retirada. Sin embargo, como el empuje creador no cesa, esa creación que en un momento fue “lo posible”, luego pasará a formar parte de lo dado; o sea que la culminación es temporaria.

Pavlovsky (1982:51), en su rol de dramaturgo, transmite fielmente esta idea: “Mis obras me brotan, los personajes se me escapan y ya no me pertenecen. Parecen nacer desde lo más íntimo de mi ser y luego se separan como hijos de una madre sobreprotectora. Verdadero proceso de duelo.”

La creatividad en continuo devenir, donde los procesos creadores se presentan bajo la forma de ciclos en constante actualización, puede ser pensada como aquel movimiento en vaivén que menciona Gadamer (1993) para referirse al juego.

Vivir creativamente

Winnicott (2009) plantea la existencia de dos formas de vivir en el mundo: vivir la vida en forma creadora o vivirla desde el acatamiento. La vida desde el acatamiento, dice el autor, conlleva en el hombre un sentimiento de inutilidad, incluso de alienación podríamos agregar. El mundo se reconoce como la creación de algún otro, donde es preciso encajar y adaptarse. Esta manera de vivir se vincula con la enfermedad. En

contrapartida, la apercepción creadora hace que la vida sea digna de ser vivida, y tiene que ver con un estado saludable, a diferencia del acatamiento. Winnicott (2009), en este sentido realiza una diferenciación entre aquellos sujetos que conciben la vida en el mundo como una experiencia netamente subjetiva, y aquellos quienes viven tan arraigados a la realidad percibida de manera objetiva que no tienen contacto con el mundo subjetivo, con el vivir creador.

La creatividad que estudia Winnicott (2009) tiene que ver con el enfoque que tiene el individuo de la realidad exterior. El impulso creador como una cosa en sí misma, sin ser exclusiva del artista en la producción de una obra de arte. El impulso creador se encuentra presente en cualquier sujeto que contempla algo en forma saludable, o realiza algo en forma deliberada. El autor pone el ejemplo del bebé que se ensucia con sus propias heces, o prolonga en llanto para disfrutar de la sonoridad.

El estudio de la creatividad como la ha pensado el psicoanálisis, queda reducida a una interpretación de la creación en términos del proceso secundario, pudiendo entrelazar aspectos de la obra con sucesos de la vida del artista, pero dejando a un lado el aspecto fundamental: el impulso creador mismo (Winnicott, 2009). Además, y a modo de paréntesis, la creatividad queda circunscrita al artista, no al ser humano que crea. El abordaje analítico hace caso omiso de lo que se reconoce como terciario. A este respecto, Fiorini (2006) sostiene que en los estudios que Freud realizó sobre Leonardo Da Vinci o Miguel Ángel, éste intentó, mediante las categorías explicativas por él sostenidas (proceso secundario de pensamiento) buscar lo que las obras de creación *representan*, no lo que *presentan*.

Fiorini (2006:2) plantea que el propio Freud entendía que el psicoanálisis quedaba en el umbral de las esferas del arte, y que no debía cruzar ese umbral a favor de no “desvirtuar el terreno especial que esos mundos configuraban”. Freud era consciente de los límites del proceso secundario de pensamiento como categoría explicativa en el marco de la creatividad, y es que en los procesos creadores prima la presencia de otra modalidad de pensamiento, los procesos terciarios.

El vivir creador, al contrario del acatamiento, implica recepcionar lo que el exterior ofrece, incorporarlo a la manera de cada uno, otorgándole *nuevos significados*. Como plantea Bareiro (2013:19) “La cultura deja de ser algo dado y se convierte en algo vivo y a la continua espera de significación.”

La manera en que cada sujeto percibe la vida, desde la espontaneidad creadora o desde el acatamiento, tiene que ver directamente con el desempeño del ambiente durante las primeras etapas de la experiencia vital. La exposición a un ambiente facilitador, su actuación durante el tiempo en que prima la dependencia, y

posteriormente el pasaje a la separación, constituye el problema central de la fuente de la creatividad (Winnicott, 2009).

4.

Una vuelta a la tribu

*“Sé ahora que la tierra sobre la que se apoyan mis dos pies
necesitaría para no tambalearse que otros, distintos de los míos, la pisaran.
Contra la ilusión óptica, el espejismo, la alucinación, el soñar despierto,
el fantasma, el delirio, la perturbación del oído...,
el baluarte más seguro es nuestro amigo o nuestro enemigo,
pero... alguien, oh dioses, alguien.”*
(Fernández, 1998:37)

Límites, fronteras y recortes...

Para culminar, resulta interesante volver al comienzo, al archivo, en un intento de dar coherencia al cierre. La primera impresión de esta monografía habla de huellas, huellas como marcas que en su devenir van sufriendo actualizaciones. A lo largo del desarrollo, la figura materna o figura cuidadora ha sido pensada como huella, la cual habilita el espacio transicional, el juego, la creatividad. En este sentido, podemos ver que el lugar del otro es fundamental para experimentar estos fenómenos. Como se ha mencionado en el segundo apartado, la figura materna es la huella de este lugar. Del otro.

Desde una perspectiva de grupo o colectivo, ¿puede ser extrapolable esta huella materna al grupo primordial? Madre que cuida, que genera las condiciones de confianza para que el bebé se desenvuelva; colectivo como ambiente facilitador para que el sujeto se realice y tenga una vida digna. En ocasiones, el ambiente puede no resultar facilitador, pero esta posibilidad la veremos más adelante.

Figura materna como primera huella del otro en la perspectiva del individuo; grupo como primera huella en la perspectiva del colectivo.

Fernández (1998) dedica un capítulo al problema clásico de lo singular y lo colectivo, y en él explica esta antinomia individuo-sociedad. Plantea que existen diversos puntos de vista en lo que respecta al problema de la relación de los individuos entre sí, y que las opciones más opuestas tienden a enfocarse en el individuo como singularidad, o en el colectivo. La primera entiende al individuo como una realidad en

sí misma; en éste sentido, el sujeto siente, piensa, toma decisiones, etc. y lo colectivo constituye la realidad del individuo. La segunda postura considera que sólo el grupo o colectivo es real, y a través de esta *se presentifica la instancia individual*. El individuo según este enfoque, es producto de su ambiente.

Ambas perspectivas resuelven la tensión individuo-sociedad desde un criterio dicotómico, o sea que la singularidad y la colectividad conforman un par de contrarios; parafraseando a Fernández (1998), ambas presentan intereses opuestos y lógicas distintas.

Las formas típicas de superar esta tensión son el psicologismo y el sociologismo. Estas posturas promueven el antagonismo entre individuo y sociedad, conservando una idea abstracta de cada una; el primero, una idea de individuo, reduciendo los conceptos sociales a conceptos individuales (y psicológicos), y el segundo, defiende una idea abstracta de sociedad reduciendo los conceptos individuales a “una idea globalizada de la historia y la sociedad” (Fernández, 1998:38).

Entiende la autora que el repaso de estas posturas no sólo es por un interés histórico, sino que responde a la necesidad de incurrir en caminos que no se deslicen hacia los clásicos reduccionismos. Así, pone el ejemplo de ciertas interrogantes que reflejan esta necesidad de una posicionamiento alternativo: “¿cuál es la dimensión de lo social histórico en la constitución de la subjetividad?, ¿cuál es el papel de la subjetividad en los procesos histórico-sociales?” (Fernández, 1998:39). Estos cuestionamientos aluden a una influencia recíproca entre ambas partes de la tensión individuo-sociedad: lo individual influyendo en lo social y lo social influyendo en lo individual. Entre el individuo y la sociedad ya no hay tanto espacio, tanta distancia, surgiendo la subjetividad como factor, y nueva dimensión, que ayuda a desdibujar estas formas antinómicas de abordar este clásico problema.

La autora expresa que en éste sentido, los historiadores de *Annales* plantean que “una sociedad no se explica solamente por sus fundamentos económicos, sino también por las representaciones que ella se hace de sí misma” (Fernández, 1998:39). De ésta manera, explica que se ponen en cuestión, una diversidad de antinomias además de lo singular y lo colectivo, sino también “lo objetivo y lo subjetivo, lo material y lo ideal, la economía y la cultura, abriendo nuevas formas de enlace entre lo imaginario y lo social” (Fernández, 1998:39).

A modo de paréntesis, estas dicotomías que menciona la autora nos recuerdan a las dicotomías que se presentan en el bebé y que promueven la *zona intermedia*, disminuyendo las tensiones entre *lo objetivo y subjetivo, lo material e ideal*. Esta zona conceptualizada por Winnicott (2009), tiende puentes, reduciendo y sobretodo

relativizando las distancias entre el individuo y el otro. La correlación entre la figura materna y el grupo como “el otro”, comienza a ser posible.

En lo que respecta al ámbito académico y científico, específicamente en el campo de la psicología, los primeros intentos de comprender la problemática grupal se concentraron en trasladar de modo mecánico los conceptos de la psicología individual al ámbito de lo grupal (Fernández, 1998). En respuesta a este posicionamiento de corte individualista, surgieron tesis que se refirieron al grupo enunciando una mentalidad grupal; configurando dos posturas doctrinarias: tesis individualista y tesis de la mentalidad de grupo. Para las tesis individualistas, el grupo no existe; éste sería un término colectivo que alude a una multiplicidad de procesos individuales. Por otro lado, la idea de una mentalidad de grupo parte de la premisa de que “cuando los seres humanos viven y actúan en grupos, surgen fuerzas y fenómenos que siguen sus propias leyes y que no pueden ser descritos en términos de las propiedades de los individuos que los componen” (Fernández, 1998:41). Así, la suma de los individuos no abarca la totalidad del grupo.

Este breve repaso de los discursos teóricos que han abordado el tema del individuo y la sociedad, procura dar muestra de la dificultad que ha representado para el ser humano esta tensión básica. Tensión que, como hemos visto en los aportes de Winnicott, protagoniza el desarrollo del individuo.

Sobre una huella de grupo

Anzieu, (1997:) psicoanalista francés, retoma los orígenes del concepto de grupo y su evolución. Podríamos decir que realiza un trabajo de archivo sobre esta temática. El autor explica que la palabra “grupo” proviene del italiano “groppo”, el cual es un término técnico del arte que remite a varios individuos, pintados o esculpidos, configurando una temática. La palabra “groppo” refirió, en primera instancia, a “nudo”, para devenir en “reunión” o “conjunto”, y explica el autor que los lingüistas lo relacionan con el antiguo provenzal *grop nodo*, el cual suponen deriva del germano occidental *kruppa*; término que refiere a “masa redondeada”.

En este punto, Anzieu (1997) establece la existencia de dos líneas de fuerza en toda reflexión sobre grupos. A saber: la noción de *nudo*, la cual alude al grado de cohesión entre los miembros; y la idea de *redondo*, asociada a la reunión de personas. En este sentido, los términos “masa redonda” y “nudo”, sugieren la idea de indiferenciación, como estado en que resulta dificultoso visibilizar las partes que componen una “totalidad”. Esto podemos asociarlo a la perspectiva nietzscheana de

caos dionisiaco, aquel estado previo al surgimiento de algo nuevo, el cual en esta dimensión de lo grupal puede ser pensado como estado previo a que la persona se individualice. Este panorama se vincula con las concepciones de grupo que lo entienden como un “riesgo” ante la individualidad. El grupo como masa que atenta contra las individualidades.

En este sentido, el concepto de tribu tiene que ver con la forma más primaria de grupo, y desde las posturas evolucionistas del siglo XIX, designa un tipo de organización política en un determinado estadio de la humanidad. Como huella del grupo, la tribu remite al estado primitivo de relación entre sujetos, relación de dependencia mutua volcada a la supervivencia. El retorno al origen, donde no hay partes definidas e individualizadas puede ser pensado como una oportunidad para el surgimiento de algo nuevo, de una nueva organización. Volver al vínculo de dependencia (bebé-madre; individuo-grupo), de confianza, volver al nudo y a lo informe, ¿es necesariamente una sentencia a la dependencia y a la pérdida de individualidad, o puede significar una posibilidad de crear algo nuevo?

Lo negativo del grupo

En lo que concierne al análisis de los fenómenos que ocurren en el marco de lo grupal, Freud (1992) se sirve de los aportes de ciertos autores para abordar esta problemática. El autor considera difícil que el factor numérico sea capaz de generar en la vida anímica una pulsión nueva como el instinto social, o “pulsión social”, manifestándose únicamente en ciertas circunstancias, y en respuesta maneja dos posibilidades: que la pulsión social no sea irreductible, y que sus comienzos puedan hallarse en círculos más íntimos, como ser la familia. Freud (1992) propone en este caso a la familia como huella del grupo.

El autor comienza por apoyarse en el libro de Le Bon, realizado en 1912 titulado “Psicología de las masas”, para introducir la noción de masa psicológica y sus efectos en la vida anímica del individuo. Allí, Le Bon desarrolla la existencia de un *alma colectiva*, en virtud de la cual las personas piensan, sienten y actúan de un modo diferente que como lo harían de forma aislada. Este autor citado por Freud (1992:70), plantea que “Hay ideas y sentimientos que sólo emergen o se convierten en actos en los individuos ligados en masas”. A este respecto, Freud (1992) considera que el autor no explica lo característico de la masa, y que hace justamente que los individuos estén ligados en una unidad. Si bien es observable, resulta dificultoso encontrar las causas que generan que un hombre actúe diferente en grupo o aisladamente.

Le Bon opina que en la masa desaparecen las peculiaridades del individuo; lo heterogéneo cede ante lo homogéneo, deviniendo un “carácter promedio” en los individuos que componen la masa. En este sentido, se pierde todo rastro de individualidad y diferenciación. La masa agrega propiedades, dentro de las cuales algunas, son contrarias a la naturaleza aislada del hombre. A este respecto, Le Bon nombra el contagio como movimiento de sugestión que genera que el sujeto priorice el interés colectivo sobre su interés personal; por otro lado, la masa potencia el sentimiento de poder que permite al hombre entregarse a “instintos” que de otra manera habría de reprimir.

Freud (1992) cita extensamente la palabra de Le Bon para argumentar el carácter hipnótico que este autor, como representante de la psicología social, encuentra en el individuo dentro de una masa. Le Bon citado por Freud (1992:73) expresa que, el ser humano “Aislado, era quizá un individuo culto; en la masa es un bárbaro, vale decir, una criatura que actúa por instinto. Posee la espontaneidad, la violencia, el salvajismo y también el entusiasmo y el heroísmo de los seres primitivos”.

Esta perspectiva de masa psicológica no admite pensar en peculiaridades individuales, en singularidades o diferencias, pero además, lo interesante de esta postura es que pareciera que el sujeto no pone ningún tipo de resistencia ante esta masa que lo fagocita y que pone en riesgo su propia unidad.

En esta línea, Anzieu (1998) piensa al grupo como amenaza ante la unidad del Yo. El ser humano existe como sujeto en tanto exista en él un sentimiento de unidad (de su cuerpo y de su psiquismo); el Yo se constituye como centro ideal e imaginario de la persona, y en los intercambios con el mundo circundante (físico y social), todo lo relaciona y todo lo juzga desde la perspectiva de su Yo. Este yo arcaico, dice el autor, siempre subsiste como garante de la unidad personal, incluso a través del desarrollo y las complicaciones que surgen a partir de la aparición de nuevas instancias (Ideal del Yo y Superyó).

Anzieu (1998) sostiene que en los círculos íntimos, como ser la familia, amigos, el Yo se siente protegido en la medida en que exista una figura con la cual ha desarrollado una unión personal del registro de la identificación y del amor. Cuando el grupo en que se encuentra el sujeto supera numéricamente al grupo en que usualmente se dan las relaciones sentimentales, y además no hay una figura dominante con cuyo amor se sienta protegido y unido a los demás, esta situación es vivenciada como una amenaza para la unidad personal.

El autor entiende que es inherente al ser humano buscar obtener el reconocimiento del otro y la satisfacción de los propios deseos. En un grupo grande, dice el Anzieu (1998):

Cada uno quiere que yo sea para él lo que él espera y maniobra (...) para esclavizarme a su Yo y reducirme a no ser más que un objeto de realización de sus deseos. Contra una o dos personas, puedo reaccionar afirmando mi Yo y mis deseos. Contra semejante pluralidad, corro el peligro de ya no existir para mí mismo, de perder todo sentido al ser descuartizado por tantas y tan diversas solicitudes; mi Yo se dispersa... (p.25).

Independientemente de los tipos de argumentación, lo negativo del grupo gira en torno a las perspectivas expuestas: el grupo amenaza la individualidad del sujeto, coartando toda peculiaridad, y lo que nos importa en este caso, coartando toda potencia creativa. Retornando a las teorizaciones vistas de Winnicott, en este panorama grupal el individuo se sumerge en una suerte de acatamiento a la mentalidad de la masa.

Reflexionamos que del mismo modo en que es vital el distanciamiento y el retiro materno, la presencia del grupo a la manera en que se ha descrito, es evidente que no enriquece las singularidades. Este grupo-masa, cual madre sobreprotectora y omnipresente, fagocita a sus hijos, invisibilizando las partes que componen tanto al grupo como a la pareja madre-hijo.

En este sentido, consideramos que esta peligrosidad que caracteriza al grupo y al colectivo es real en la medida en que no se dé esta separación. Como observamos en el desarrollo psíquico del ser humano, la fusión y la simbiosis son necesarias hasta cierto punto en que deviene la distancia y la autonomía.

Grupo e identidad

*“Cuando se dice Tú se dice el Yo del par de palabras Yo-Tú.
Cuando se dice Ello se dice el Yo del par de palabras Yo-Ello.
La palabra básica Yo-Tú sólo puede ser dicha con todo el ser.”*
(Buber, 1995:7)

Buber (1995) plantea que es la relación la que designa la existencia. En este caso, el Tú y el Ello, palabras que el autor denomina como “primordiales”, remiten a un Yo. Porque existe un Tú, existe un Yo; porque existe un Ello, existe un Yo. Buber (1995) sostiene que la palabra primordial Yo-Tú establece el mundo de la relación. El autor entiende que el mundo de la relación surge de tres esferas: relación con la

naturaleza, con los hombres, y con las formas inteligibles. En los aportes de este autor es posible observar que la identidad, el Yo, se define por la relación; la existencia de lo otro designa mi propia existencia, me hace ser. Lo que hace que algo exista es el reconocimiento de su existencia.

Continuando esta línea, resultan pertinentes las teorizaciones de Taylor (1997:293), cuya tesis parte de la premisa de que la "identidad está parcialmente moldeada por el reconocimiento o por su ausencia". En este sentido, el mal reconocimiento, cuando el entorno devuelve a la persona o al grupo una imagen restrictiva o degradante de sí, esto puede infligir un daño real, generando que la persona se identifique con un falso modo de ser, reducido y distorsionado. El mal reconocimiento puede devenir en "autoodio" en la persona que lo sufre.

Taylor (1997) entiende que con el advenimiento de la democracia, la identidad deja estar vinculada con las posiciones sociales, y el honor o la falta de éste a consecuencia de las jerarquías inherentes al ordenamiento propio de la monarquía. La democracia implica la igualdad de los seres humanos; todos comparten la dignidad ciudadana, ya que lleva consigo una política de reconocimiento igualitario.

La igualdad remite entonces a un derecho universal de reconocimiento, sin embargo no se debe olvidar la necesidad de una identidad individual. Tal identidad individualizada surge con el ideal de ser fiel a uno mismo y descubrir nuestro particular modo de ser. A este respecto, Taylor plantea un giro subjetivo de la cultura moderna que implica un cambio en la moral, en lo que se entendía como estar en contacto con la fuente. Esta fuente, que en un momento fue Dios o la idea de Dios, es ahora nuestra interioridad. Estar en contacto con la fuente es estar en contacto con nuestro interior profundo.

Una vez más se hace visible el movimiento que dirige al ser humano de ser uno más, indiferenciado, a ser único y singular. La igualdad implica una garantía ante la supervivencia, gracias a la cual el sujeto no se vale de su suerte o de su fuerza; es el piso sobre el cual cada hombre y cada mujer construirán su propia singularidad.

Grupo potenciador

“Podemos compartir un respeto por una experiencia ilusoria, y si queremos nos es posible reunirlos y formar un grupo sobre la base de la semejanza de nuestras experiencias ilusorias. Esta es una raíz natural del agrupamiento entre los seres humanos.”
(Winnicott, 2009:19)

Luego de exponer las características negativas, o las posibilidades negativas del grupo, resulta pertinente observar porqué el ser humano tiende a juntarse con otros. En este sentido, Anzieu (1998) plantea que las personas pensamos fácilmente según la oposición individuo-sociedad, mientras que nuestra vida se desarrolla naturalmente en el *seno de aglomeraciones restringidas*.

En lo que respecta a las “ganancias”, o la parte positiva del colectivo, Taylor (1997) plantea que las relaciones son necesarias para realizarnos, no así para definirnos. En este sentido, es un grave error subestimar el lugar de lo dialógico en la vida humana. Resulta prudente en este punto, traer a colación el concepto de reconocimiento de Honneth (1997); específicamente lo concerniente a las *esferas de reconocimiento*.

Honneth (1997) sostiene que cada forma de humillación o menosprecio, afecta directamente un estadio de la autorrelación lograda intersubjetivamente, y es crucial realizar la distinción de los tipos de humillación sufrida. Así, a cada una de las esferas o estadios (de reconocimiento), le corresponde un tipo de daño; por otro lado, con cada estadio de respeto recíproco aumenta la autonomía percibida subjetivamente, a la vez que se fortalece la relación positiva del sujeto consigo mismo.

El daño que corresponde a la esfera del amor, es del registro de la autoconfianza. En la esfera del derecho es el autorrespeto, y en la esfera de la solidaridad es la autoestima.

Las formas de reconocimiento o esferas de reconocimiento son: el amor, el derecho y la solidaridad. Si bien no tienen un orden jerárquico, el autor toma la esfera del amor, como el sustrato de los restantes niveles.

Las relaciones amorosas deben entenderse como las relaciones primarias, en las cuales los sujetos que la componen se reconocen como sujetos de necesidad. Honneth (1997:118) sostiene a este respecto que “en la experiencia recíproca de atención amorosa los dos sujetos se saben unificados, porque en su necesidad son dependientes del otro ocasional”.

Esta esfera está ligada a la existencia corporal del otro. Honneth (1997) observa en los aportes de Winnicott la importancia de este vínculo corporal que protagoniza la relación madre-hijo en los primeros años de vida. La dimensión de lo corporal es tomada en cuenta en los conceptos de *holding* y *handling* que plantea Winnicott, sin quedar el cuidado restringido únicamente a la satisfacción de pulsiones, el cuerpo del otro promueve la autopercepción del cuerpo propio. Vemos el cuerpo como soporte de las primeras huellas de lo vincular. Honneth (1997) toma en consideración los estudios experimentales etnobiológicos, los cuales han demostrado que el lazo del mono-bebé con su madre sustitutiva no surge únicamente de la satisfacción de pulsiones, sino de la experiencia del “contacto satisfactorio”.

La autoconfianza derivada de la esfera del amor, constituye la base la participación del ser humano en la vida pública; dando lugar a la siguiente esfera de reconocimiento.

La esfera del derecho es de carácter universal, reconociendo en todos los individuos una serie de derechos y obligaciones, sin importar condición social, cultural o económica. El respeto que prima en este estadio se encuentra desligado de los sentimientos de simpatía o inclinación que imperaban en la esfera del amor. Este tipo de respeto es universalista y dirige el comportamiento individual.

Por último, la esfera de la solidaridad, lleva implícita una evolución social. Honneth (1997:148) plantea con respecto a esta manifestación más amplia del reconocimiento, que “para poder conseguir una ininterrumpida autorrelación, los sujetos humanos necesitan, más allá de la experiencia de la dedicación afectiva y del reconocimiento jurídico, una valoración social que les permite referirse positivamente a sus cualidades y facultades concretas”. En esta esfera, el sujeto puede explorar su singularidad y a su vez, ser igual a sus pares.

Las tres esferas ilustran la importancia del entorno y de la relación dialógica del sujeto con sus pares. En esta relación, en este movimiento, el ser humano experimenta la aurrealización. Lo interesante de los aportes del reconocimiento es que la persona es concebida desde su individualidad y autonomía sin excluir su condición de igual con respecto al otro. La perspectiva del reconocimiento permite relativizar la dicotomía individuo-sociedad, tomando los aportes de cada ámbito.

La frase Winnicott (2009) citada al comienzo del apartado lleva implícita esta idea de reconocimiento, ya que la experiencia ilusoria requiere por parte de quien la vive al no pretender imponerse, y por parte de quien la observa al no pretender censurarla, pero lo más importante aún: si esa experiencia es valiosa para muchos, la ilusión puede ser compartida, configurando una vehículo que potencie a sus partes. Esa ilusión puede ser el motivo de un encuentro potenciador.

Se pone de manifiesto que la vida del sujeto se construye en el movimiento en vaivén que oscila entre la autonomía y la dependencia. Este movimiento, como juego de vínculos, no tiene un objetivo ni un resultado al cual fijarse, ¿Acaso es posible optar por la autonomía o la dependencia? ¿Es posible argumentar la conveniencia de una sobre la otra? Ciertamente la noción de dependencia tiene mala prensa actualmente, y puede resultar un valor la autosuficiencia y el camino individual. Aún así, una vuelta a la tribu, una vuelta al encuentro con el otro puede dotar al ser humano de manifestaciones creativas que se verían limitadas en la búsqueda solitaria.

La zona intermedia de experiencia salva al ser humano de vivir como esclavo de sus pulsiones y de vivir en la fusión con el otro. Visto de otra manera, la zona intermedia como ámbito compartido evita que el ser humano viva esclavizado tanto de sus propias pulsiones como esclavizado de las normas del exterior. Esta zona evita el acatamiento a las pulsiones y a la cultura. A este respecto, Bareiro (2013) plantea que la tercera zona, es donde se encuentra la experiencia, “es el lugar del registro vivo de estar en el mundo”.

Para culminar, resulta importante destacar que si el objeto transicional une de modo simbólico al niño y a su madre, en la vida adulta la experiencia cultural hace de lazo con los demás individuos.

Reflexiones finales

Abordar el tema de la creatividad implica observar al ser humano desde su singularidad propia, sus propios mecanismos, y desde el ambiente que lo rodea. La creatividad surge como fenómeno en el encuentro de dos potencialidades: la del entorno, de ofrecer un ambiente facilitador, y la del bebé, de desplegar su impulso creador en el afuera. De esta manera, el sujeto no es un mero producto del ambiente y a su merced, y el entorno no es una mera escenografía.

Los autores y autoras que se seleccionaron aportan a un abordaje que colabora a romper las ideas dicotómicas que se despliegan desde diversos puntos, como ser lo individual-lo grupal, dependencia-autonomía, el orden-el caos, e incluso el encuentro potenciador-encuentro destructor. Al relativizar estas polaridades, podemos visualizar al hombre en su pleno arte de vivir, utilizando sus propios recursos (los que son inherentes a su especie) y los recursos que va adquiriendo en su desarrollo. El vivir creador se presenta de esta manera como aquel movimiento en vaivén que propone Gadamer (1993: 70); la vida se presenta como un juego que ha de jugarse con la disciplina que requiere. El autor dirá a este respecto que “el jugar está en una referencia esencial muy peculiar a la seriedad”, y quien no respeta las reglas del juego es un *aguafiestas*. Vivimos con otros, jugamos con otros, las reglas las designamos con otros. Sin vivir desde el acatamiento ni desde el despotismo.

Estas reglas elaboradas con otros son el espíritu de la zona intermedia, aquella superposición de dos zonas de juego que menciona Winnicott (2009). Este espacio que deviene de la tensión entre lo subjetivo y lo objetivo (cada instancia con sus propias reglas) como manifestación pura de la posibilidad creativa del ser humano, será para éste lo máspreciado, será el lugar del buen vivir y el lugar donde podrá encontrarse con otros, reconociéndolos y siendo reconocido. Desde la perspectiva de Buber () podemos decir que en la medida en que el individuo reconozca la existencia del otro, de lo que está fuera de sí mismo, reconoce su propia existencia; y enriqueciendo este enfoque con los aportes de Honneth (1997), podemos agregar que en tanto reconozca la existencia del otro, será conciente y por lo tanto responsable de sus efectos en el otro y del otro en él. El reconocimiento de la existencia del otro implica respeto por el otro.

En lo que respecta a las teorías expuestas, en la descripción de las primeras etapas del desarrollo del individuo se expone un modelo familiar nuclear que puede sesgar el entendimiento de los fenómenos implicados en la creatividad. En la actualidad eso configuraría un problema, ya que los modelos de familia se han ido modificando, relativizando los lugares y roles estancos inherentes a la familia “clásica”. De ésta manera, a lo largo de la monografía aparecen los términos “figura materna” o “cuidadora” (sería prudente agregar “cuidador”) para ampliar las circunstancias del desarrollo del bebé, circunstancias que en la actualidad son cada vez más variadas.

La creatividad como fenómeno que se desarrolla en un contexto específico, queda circunscripta a quienes el azar ha puesto en este entorno, en esa familia, echando por tierra la universalidad del acto creativo que propone Winnicott. En este sentido, es de suma importancia explicitar que lo vital es un otro, no un otro con un título específico. Un otro que con su cuidado y amor promueva en el pequeño un estado de confianza, un estado que le permita relajarse y fundamentalmente confiar. Esta confianza permitirá al ser humano, en todas las etapas de su vida, oscilar de la dependencia a la autonomía, y de ésta manera, relacionarse con otros, enriquecerse en el grupo sin perderse a sí mismo. Podrá confiar en el ambiente sin dejar nunca de confiar en sí mismo, en su propio “regulador”.

Cuando el individuo cuenta con esta herramienta (herramienta de trabajo, herramienta de uso, herramienta psíquica) ya no necesita del miedo como alerta para “no perderse”, no necesita del acatamiento como forma de vida (acatamiento tanto a los imperativos internos como externos). El individuo puede unirse a otros sin que eso signifique fusionarse, sin que eso signifique perder su propia unidad, como plantea Anzieu (1998). Este punto complejo entre la unión y la fusión lo otorga la zona intermedia como ámbito de experiencia compartida.

Entendiendo la creatividad como fenómeno que lleva implícito en sus orígenes la presencia (y luego ausencia) de un otro, en la actualidad puede complejizarse concebir un tipo de vida creativo. El individualismo y el consumo, el acatamiento a las lógicas de mercado, pueden empobrecer el espacio compartido, el lazo social y por lo tanto el encuentro creador. El consumo de objetos que han emergido de la creatividad de algún otro, la inmediatez a la hora de satisfacer las necesidades pueden ser factores que pongan en riesgo el vivir creativo, es decir la salud. A este respecto, Montañez (2013) reflexiona sobre la importancia del lazo social, y plantea que a partir del siglo XX se han acentuado ciertas tendencias que se consideran conformadoras de la modernidad, como ser “la individualidad, el consumo de masas y la sociedad consumista”.

La antinomia individuo-sociedad continúa pujando, poniendo en peligro el encuentro y el reconocimiento, por lo tanto, la propia unidad. Desde el encierro en el espacio privado, desde el acatamiento y el miedo al otro perdemos parte de nuestra propia potencia. La vuelta a la tribu implica volver a ver al otro, reconociéndonos como entes de dependencia, y buscar en ese espacio “nuestro” y nuevo lo que puede ser posible, salir de lo dado, de lo establecido. Volver a la tribu es explorar alternativas, y entregarse a la confianza y el respeto.

El concepto de contagio que Freud (1992) destaca de Le Bon puede ser pensado como una instancia provechosa. Sin referirnos al contagio inmediato propio de la fusión, sino al dejarse afectar, confiando en el otro y en un mismo. En este sentido, el trabajo con fotolenguaje, como herramienta para el trabajo en grupo cuenta con esta capacidad de “dejarse afectar” en la medida en que la conexión que otro realiza puede catalizar una conexión en mí. Algo de lo que le pasa al otro puede hacerme recordar algo, asociar algo. Vacheret (1995) plantea que este método basado en el uso de un objeto de mediación, promueve el juego de las identificaciones. En el juego de los intercambios psíquicos, posibles en el encuentro con otros, cada cual se siente parecido a los demás, y a su vez único y específico.

La presencia del otro designa nuestra propia existencia; en tanto el otro esté, yo me veo, cual espejo. El desarrollo afectivo del ser humano gira en torno a esta lógica, esta es la huella del otro.

Como reflexión final, como última versión de aquella primera huella, del inicio, vale destacar que el reconocimiento de la dependencia configura el mejor camino hacia la autonomía; siempre y cuando no olvidemos que estos movimientos son de ida y vuelta, son en vaivén.

Bibliografía consultada

- ☞ Anzieu, D. (1997). *Dinámica de los pequeños grupos*. Editorial Biblioteca Nueva: Madrid.
- ☞ Anzieu, D. (1998). *El grupo y el inconsciente*. Editorial Biblioteca Nueva: Madrid.
- ☞ Bareiro, J. (2013). *Heidegger y Winnicott: transmisión cultural y creatividad. Querencia. Revista de Psicoanálisis, volumen 14*.
- ☞ Barrera de Encinoza, C. (2013). *Arte y juego en F. Nietzsche. Estética. Revista de arte y estética contemporánea, volumen 3*.
- ☞ Buber, M. (1995). *Yo y Tú*. Caparrón Editores S.L: Madrid
- ☞ Deleuze, G. (1981). *Spinoza: filosofía práctica*. Tusquets Editores: Barcelona
- ☞ Derrida, J. (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Editorial Trotta: Madrid.
- ☞ Fernández, A.M. (1998). *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Ediciones Nueva Visión: Buenos Aires.
- ☞ Fiorini, H. (2006). *Formaciones de procesos terciarios. Una tópica del psiquismo creador*. Editorial Paidós: Buenos Aires.
- ☞ Freud, S. (1992). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- ☞ Freud, S. (1992). *Nota sobre la pizarra mágica*. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- ☞ Gadamer, H.G. (1993). *Verdad y Método*. Ediciones Sígueme: Salamanca.
- ☞ Green, A. (2008). *Jugar con Winnicott*. Amorrortu editores: Buenos Aires
- ☞ Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento*. Crítica: Barcelona.
- ☞ Laplanche, J. & Pontalis, J.B. (2004). *Diccionario de Psicoanálisis*. Paidós: Buenos Aires.
- ☞ Montañez, S. (2008). Seminario: La teoría de la comunicación en Jacques Derrida. Maestría en Filosofía Contemporánea. Facultad de Humanidades. UdelaR. Montevideo.
- ☞ Montañez, S. (2013). *Ciudadanía-Subjetividad-Reconocimiento. ¿Lazo social?* Coloquio internacional Ciudadanías Contemporáneas. París. Recuperado de <http://www.mensuarioidentidad.com.uy/analisis-politico/en-que-quedan-los-ideales-de-libertad-igualdad-dignidad-y-autonomia>
- ☞ Pavlovsky, E. (1982). *Proceso creador. Terapia y existencia*. Ediciones Búsqueda: Buenos Aires.

- ≡ Peñarrubia, F. (2014). *Terapia Gestalt. La Vía del vacío fértil*. Alianza Editorial: Madrid.
- ≡ Perls, F. (2012). *Sueños y existencia*. Del Nuevo Extremo: Buenos Aires.
- ≡ Perls, F. (2013). *El Enfoque Gestalt y Testigos de Terapia*. Cuatro Vientos: Santiago de Chile.
- ≡ Taylor, C. (1997). *Argumentos filosóficos*. Editorial Paidós: Barcelona.
- ≡ Vacheret, C. (1995). *Las teorías de lo intermediario y la mediación en el grupo*. *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, volumen 18, 169-193.
- ≡ Winnicott, D. (2009) *Realidad y juego*. Editorial Gedisa: Barcelona.